

Cuerpo a cuerpo entre el libro y el bebé: la lectura como intuición

María Emilia López y Adolfo Córdova, dos especialistas en literatura y educación temprana, en la entrevista nos mencionan como la lectura en la primera infancia se revela como una experiencia profundamente humana, donde el libro se convierte en un objeto que va mucho más allá de su función informativa. En los primeros meses y años de vida, el libro físico adquiere un valor singular porque invita al bebé a tocar, oler, explorar, sacudir y manipular, permitiendo que su cuerpo se convierta en el primer mediador del conocimiento. El libro no es solamente un portador de palabras o imágenes es un objeto que el niño experimenta con todo su cuerpo. Su materialidad, el peso, las texturas, los sonidos al pasar las páginas, el olor del papel, el brillo de las ilustraciones actúa como estímulo sensorial y emocional.

Estos elementos permiten que el bebé construya un vínculo afectivo con el libro, lo reconozca como un objeto propio, íntimo y cotidiano, lo integre en sus formas de juego, exploración y descubrimiento. Esta relación corporal y sensorial transforma al libro en un organizador de experiencias, un puente entre el mundo simbólico y el mundo tangible que el niño descubre a través de sus sentidos.

En este proceso, la lectura no se vive como una práctica académica, sino como un acto afectivo y vincular, cuando el adulto se sienta junto al bebé, comparte un libro, señala, nombra, gesticula y acompaña, se crea un espacio íntimo donde la voz, el ritmo y la mirada construyen un lazo emocional que sostiene el aprendizaje. Así, leer se convierte en una forma de amar, de acoger y de ofrecer al niño una experiencia de seguridad y disfrute que fortalece su relación con la cultura escrita. El libro tiene un valor simbólico, introduce al niño en prácticas culturales como la narrativa, la ficción, la estética, la sucesión temporal y la secuencialidad de imágenes e ideas. Aunque el bebé no “lea” en el sentido convencional, sí interpreta, anticipa, relaciona y construye sentido, poniendo en marcha procesos de pensamiento fundamentales.

Los autores mencionan la experiencia lectora en la primera infancia como mediación sensible del adulto, por la manera en que ofrece el libro, el tiempo que dedica a mirarlo con el niño, su disponibilidad emocional y su capacidad para sostener la curiosidad infantil son factores que dan profundidad a este encuentro, debemos permitir que el niño descubra el lenguaje desde la exploración, la imaginación y el juego simbólico, cada libro que elegimos,

cada ilustración observada y cada relato compartido abre una puerta a la construcción de significado.

Hoy en día estamos en un mundo saturado de pantallas, estas reflexiones adquieren una relevancia particular. La tecnología puede aportar recursos valiosos, pero no sustituye la materialidad del libro ni la presencialidad del vínculo humano, lo digital ofrece estímulos inmediatos, mientras que el libro físico invita a un ritmo más pausado, a la concentración, a la manipulación directa a la creación de un universo propio entre las manos del niño. Hay que comprender que ambos formatos pueden existir, pero que el contacto sensorial con los objetos es irremplazable en los primeros años, resulta fundamental para el desarrollo de los niños y niñas.

La lectura temprana debe entenderse como una experiencia integral que involucra emociones, sentidos, lenguaje, cultura e imaginación. Un entorno rico en libros variados, accesibles y significativos permite que los niños construyan una relación natural y positiva con la lectura, alejándose de la visión instrumental o escolarizada que suele imponerse de manera precoz, cuando el niño puede explorar libremente, manipular sin temor, mirar lo que le atrae y ser acompañado con sensibilidad, la lectura se convierte en un acto de descubrimiento y gozo.

Como maestra en formación debemos comprender que cada experiencia ofrecida a los niños moldea su manera de relacionarse con el mundo, y la lectura compartida es una de las más significativas. En esta etapa, el libro no se limita a transmitir historias, sino que se convierte en un objeto cultural y sensorial que el niño explora con el cuerpo entero. Leer con un niño es un acto afectivo que requiere presencia, calma y sensibilidad, es ofrecer la voz, la mirada y el tiempo como formas de cuidado. La experiencia lectora no apunta a adelantar procesos de alfabetización, sino a crear un espacio íntimo donde el lenguaje se descubre desde la emoción, la curiosidad, la imaginación y el ritmo propio del niño.

La lectura se vive como una oportunidad para fortalecer autonomía, pensamiento y vínculo afectivo. Si el maestro acompaña sin presionar, que permite la exploración libre y que reconoce el valor del libro como territorio de descubrimiento, favorece en el niño una relación positiva y natural con la cultura escrita. En un mundo saturado de pantallas y estímulos rápidos, el docente que sostiene el libro desde el disfrute y la autenticidad ofrece un gesto de resistencia emocional: enseñar que leer puede ser un refugio, una experiencia de encuentro y una puerta hacia el pensamiento sensible.

El docente no solo guía: acompaña, inspira y siembra en los niños las bases de una relación amorosa y duradera con la lectura.